



¿Qué es
un niño
«maduro»?

**maduran los niños
como las manzanas?**

Se habla de autoridad educativa. Pero, ¿para qué la autoridad? ¿A dónde vamos con nuestra autoridad? Si no lo sabemos, tenemos peligro de perderla. Autoridad viene de autor. Y autor es el que hace algo. Los padres han sido autores de la vida de sus hijos. Y eso les da en principio la autoridad. Pero a la hora de la educación, si no saben qué hacer, pueden perderla.

En efecto, toda autoridad tiene una misión que cumplir. Y si se sale de esta misión, pierde la fuerza moral. Se queda como una estatua vacía. La misión de la autoridad educativa es hacer crecer, proporcionar la fuerza que sirve para sostener y acrecentar algo en los niños.

El problema clave del educar es clarificar el objetivo. ¿Cuál es el objetivo fundamental? Nosotros creemos que es éste: ayudar a la madurez de la persona del niño. No decimos imponer madurez, sino ayudar. ¿Cómo se ayuda sin perder la autoridad, es decir, sin perder nuestra responsabilidad?

CUATRO SEÑALES DE UN «NIÑO MADURO»

1. Madurez es aceptarse a sí mismo

Los psicólogos lo llaman AUTO-OBJETIVACION

Esos niños que son felices de ser como son... son maduros ya desde pequeños. El adulto maduro es el que estima sus cualidades de modo realista. Ni concepto alto ni bajo de sí mismo. Acepta las deficiencias como sentido de superación.

AUTO-OBJETIVACION es humildad-verdad. Ese desprendimiento de la persona madura cuando examina sus pretensiones a la luz de sus habilidades; sus propias cualidades en relación con las cualidades de los demás; su idea de sí mismo, en relación con la opinión que los otros tienen de él.

ACEPTARSE A SÍ MISMO ES EL VERDADERO SENTIDO DEL HUMOR

Dicen que humor es la capacidad de reírse de las cosas que uno ama (incluyéndose a sí mismo) y seguir las amando. Cervantes se reía de Don Quijote, lo baqueteaba de aventura en aventura; pero lo amaba de verdad.

Y he aquí el problema: ¿educamos para la aceptación de sí mismo, para la madurez? Yo, lo que veo, son padres que meten fantasías en la mente de sus hijos acerca de sí mismos. Falsas ilusiones sobre sus posibilidades. O bien, niños inferiorizados, con sentimientos muy pobres de sí mismos, o llenos de culpabilidad. Niños creídos o niños humillados. ¿Dónde están los niños felices de ser como son? Los padres que no aceptan los errores o la medianía de sus hijos, les están enseñando a no aceptarse a sí mismos; y



a no tomar con sentido del humor y sana superación sus fallos y defectos.

Para que un niño se acepte a sí mismo, primero tiene que verse aceptado por sus padres. Y esto es una fuente de autocomprensión y felicidad personal. Pero esto parece que no interesa tanto. Después veremos por qué.

2. Capacidad de entrega

Los psicólogos lo llaman **la extensión del yo**. El YO se lanza fuera de sí mismo. Se extiende a un trabajo, a una lealtad para con otros, a la contemplación, al arte, a algo y a alguien.

He visto con frecuencia niños incapaces de amar y tener amigos. (Y personas mayores también). Niños con graves dificultades de establecer relaciones cordiales y duraderas con otros.

La gente inmadura es la que no confía en los demás. Ni aprecian a otros ni pueden confiar en ellos. La persona madura en cambio, siempre conserva encendida una llama de esperanza en los demás. Por mucho que le hayan traicionado en la vida, le queda algo vivo dentro de sí; la capacidad de amor y compasión de otros.

Todo esto está profundamente relacionado con la felicidad personal. Es nada menos que el problema de **la madurez afectiva**. Todas las filosofías humanistas, por supuesto la cristiana, han puesto el acento en esta expresión de madurez: **sentir responsabilidad por el bienestar de los otros**.

Hay mucha gente que carece de capacidad de compromiso: «Yo, pasar

desapercibido». El 90% de la gente huye del compromiso. Pero la madurez es saber aceptar una razonable responsabilidad.

Preguntamos: ¿Educamos para la capacidad de entrega? ¿Es eso lo que pretendemos de nuestros hijos? ¿Queremos hacerles felices, maduros afectivamente, capaces de una lealtad profunda a algo? ¿Se pretende eso precisamente cuando se dice «**quiero lo mejor para mis hijos**»?

Los psicólogos y escritores dicen:

«Nunca afirma uno más su propia personalidad que cuando se olvida de sí mismo» (Georges Mauco).

«Lo que pretendemos proteger dentro de nosotros mismos, se atrofia» (Gide).

Toda vida parece deficiente e inmadura, a menos que esté dirigida hacia afuera, hacia fines u objetivos superiores al egoísmo y vanidad.

La persona madura se puede decir que viaja hacia un puerto de destino elegido por adelantado, fuera de sí mismo. Una intención, algo por lo cual vivir.

3. Una filosofía integradora de la vida

La familia y el colegio deben ayudar al niño, poco a poco, a construir un conjunto coherente de valores e ideas, eso que se llama «filosofía de la vida». Toda persona necesita de unos valores como punto de referencia para actuar, para hablar, para reír y meditar.

Decimos «ese niño no tiene sentido moral», porque no es capaz de motivación o culpa, no le importa que su

comportamiento esté **aislado** de un sistema de valores. El psicópata es un *a-moral*, un desadaptado moral. Y nos inspira temor. Rechazamos también la persona «sin principios» Nos parece un salvaje humano. No es el modelo de madurez. Terminará siendo una desgracia personal y un peligro social.

La familia y el colegio deben transmitir **algo** en lo que creen, algo que le interprete el mundo, todas las cosas. Una moral y una respuesta a las preguntas más trascendentes. Creemos que lo más equilibrante para el joven ser humano es el darle la posibilidad de crecer en **un sistema concreto** de filosofía de la vida o religión, no en un pluralismo ideológico, al menos en la infancia y adolescencia. Pero un sistema que sea flexible, amplio, con capacidad de crítica, sin obsesión ni coacción, que respete e integre todos los valores humanos generales. Y más adelante el joven integrará las demás experiencias y analizará —a la luz de lo que le han dado y a la luz de su espíritu crítico y buscador de la verdad— todas las demás ideologías. Esta es la tesis de la llamada **libertad de enseñanza**.

Pero hay que transmitir algo. Muchas familias sólo transmiten adiestramientos: saber andar, ayudar, vestirse, montar en bici, tener orden en sus cosas. Y muchos colegios que podrían transmitir un sistema de valores, solamente logran transmitir conocimientos y expresiones. Pero educar para la madurez es mucho más que todo eso.

Preguntamos: ¿Qué herencia de valores y filosofía de la vida he transmitido a mis hijos? ¿Ayudo de hecho, con apertura y flexibilidad, a que este niño que crece a mi lado consiga una sana ideología que le ilumine su vida? Y, en primer lugar, ¿tengo yo mi pro-



pio sistema ideológico? ¿Trato de aclararlo? Porque toda persona madura actúa, medita, habla y vive de acuerdo con una filosofía abarcadora de la vida.

4. Autonomía personal

Atención: podríamos haber prescindido de este cuarto punto. Porque la persona que se acepta a sí misma, tiene capacidad de entrega, y posee una filosofía integradora de la vida, esa persona es libre e independiente, logrando así una autonomía razonable.

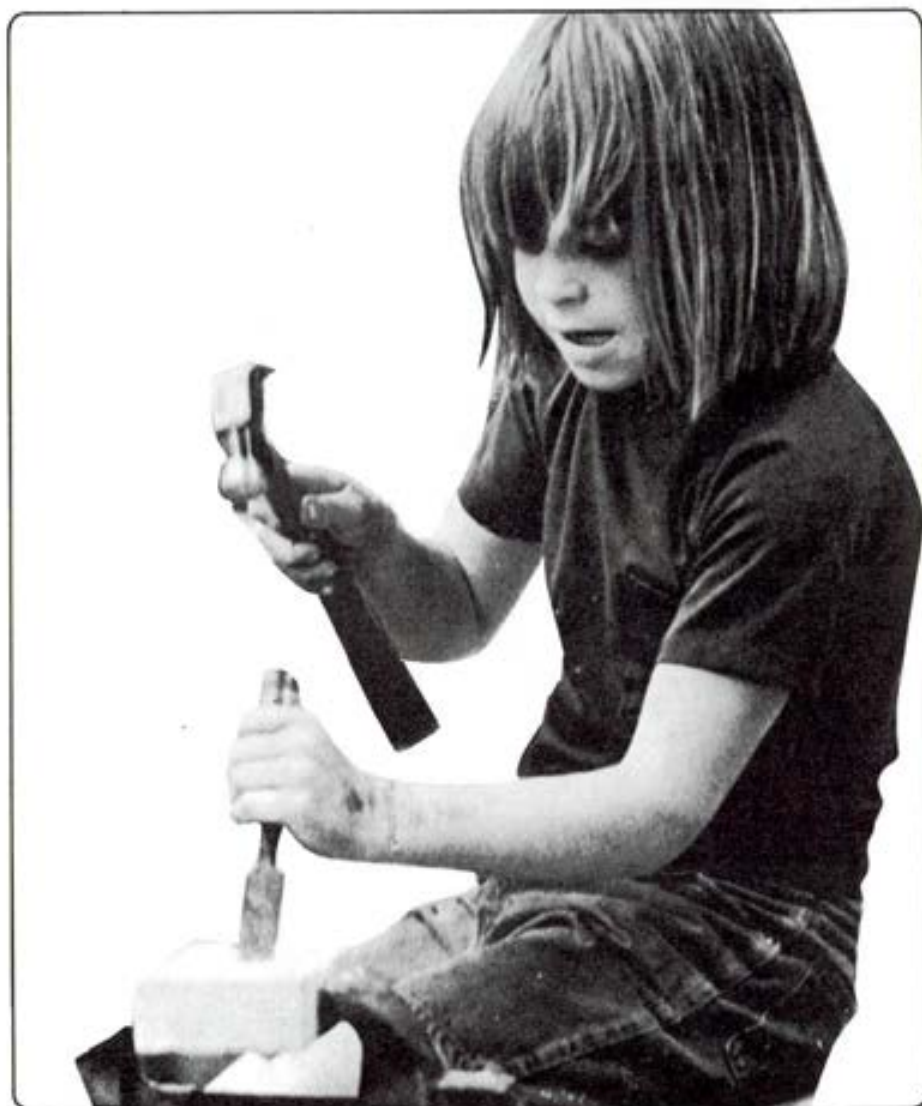
Hay que educar en la libertad, que sobre todo es la capacidad de hacer decisiones maduras, y no precisamente el darle la posibilidad de elegir alegremente cosas, sin pensar. Libertad que sobre todo es una atmósfera familiar en que hay libertad de expresión y se escucha al niño, porque se le respeta como persona, aunque solo tenga ocho años.

Los niños que dependen demasiado de sus padres, incapaces de decidir por sí mismos (las cosas que es razonable que un niño decida según el sentir general, no según el sentir de cuatro amigos que piensan como yo), esos niños no están en el camino de la madurez. Producir niños «encantadores» por su docilidad, a veces es una tragedia. Quizás sean «pobres hombres» toda la vida. O quizás un día saltan y echen por la borda todo; es decir, se desborden (esos agresivos rebeldes que de pequeños eran «niño modelo»...)

LAS INTERFERENCIAS EXTRAÑAS

Este ideal de la madurez se viene abajo fácilmente porque unas **ondas extrañas** nos interfieren. Vienen del **medio ambiente**: lo que vale es el consumismo, el triunfo material, el prestigio de un título y de un «buen puesto». Vienen de **nuestro subconsciente**: tengo que lograr que mi hijo llegue a ser lo que yo no fui; tengo que evitar que este niño tenga el carácter que yo tuve y que me hizo sufrir; no puedo consentir que este niño salga a su padre... Y vienen también de la horrible rutina superficial de la conversación de cada día: la vanidad de cada hora, el deslumbrar a los demás con el último modelo de mis cosas, la clasificación de la gente por los **signos externos** que la publicidad se encarga de hacernos admirar («influya en los demás, vistiendo con distinción...; visite Almacenes...»).

Todo este conglomerado de interfe-



rencias son tan continuas y nos trastornan de tal manera que nuestro objetivo deja de ser **ayudar a la madurez** y se convierte en **la práctica en una carrera desenfrenada y ansiosa** por hacer que nuestros hijos logren títulos académicos, *como sea*, desenvoltura social, prestigio, metas económicas, posición... «personalidad» (falseando esta palabra).

Si la autoridad se sale de su objetivo propio, pierde su sabor, su vitalidad, su consistencia. Se pierde la autoridad. Por eso muchos adultos no tienen prestigio para los jóvenes o adolescentes. Y un día se les rebelan; en principio, con toda la razón del mundo. Ellos no quieren que les demos cosas, sino que les aceptemos como son, que les demos los modelos de identificación en el sentido de capacidad de entrega y filosofía de la vida. Quieren que les ayudemos a la madurez.

Seguimos preguntando: ¿por qué no lo hacemos? ¿Por qué nos ponemos nerviosos ante sus defectos o limitaciones? Sin embargo, a Vd. no le han dado autoridad para lograr un genio de su hijo, sino **para hacer una persona feliz**. Con estas limita-

ciones intelectuales, con estas cualidades concretas, y no otras soñadas por mí, **yo tengo que hacer un niño feliz**. Y por eso pongo el acento total en las cuatro señales de la madurez. Ahí es donde estoy haciendo (autoridad viene de autor) un hombre feliz para sí y para los demás.

Por eso ya no deberíamos temer. Si educo para la madurez, no tengo miedo a sus pocas cualidades, ni a las etapas evolutivas adversas por las que ha de pasar. Un planteamiento eficaz gana a la larga. Podrá hacerse a ratos rebelde, mentiroso, vago o ladrón. Yo sigo con calma educándole en la aceptación de su personalidad, temperamento y carácter, en la capacidad de entrega, en una filosofía iluminadora de su vida. Dentro de estas limitaciones y condicionamientos de mi hijo, yo tengo que ayudarlo a ser feliz. Tiene derecho a ello.

Fernando de la Puente, sj